



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEON

NOS EL DR. D. FRANCISCO GOMEZ-SALAZAR Y LUCIO-VILLEGAS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE LEÓN, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES
DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIAN, ETC. ETC.

Al venerable Clero y fieles de nuestra Diócesis, salud y paz
en Nuestro Señor Jesucristo.



*Initium omnis peccati est superbia: qui
tenuerit illam, adimplebetur maledictis, et
subvertet eum in finem.*

Ecclesiastic. X, v. 15.

*El principio de todo pecado es la so-
berbia; quien la tuviere, será lleno de mal-
dición.*

Eclesiástico, cap. 10, v. 15.

Venerables hermanos y amadísimos hijos en el Señor: todos los actos del hombre, que se oponen de un modo ó de otro á la santa ley de Dios son pecado y se desvían de lo que nos ordena nuestra razón; pero hay uno entre ellos que se distingue de un modo especial entre los demás; tiene una particular malicia

y es raíz de otros muchos vicios, siendo también el primero y el más grande de los pecados. Este pecado es la soberbia; se halla muy extendido en el mundo; se cubre con diversos ropages para desfigurarse y aparecer hasta como una gran virtud ó conjunto de cualidades muy gratas á los ojos de Dios. Por esta razón quiero hablaros de ella en esta cuaresma, tiempo santo de penitencia y ayuno, con el objeto de que la eviteis, como uno de los mayores males que pueden perderos y producir la ruina y muerte de vuestra alma.

I.

Es la soberbia: *un apetito desordenado de la propia excelencia* (1); de aquí resulta, que los soberbios no consenten someterse á nadie; quieren satisfacer su voluntad y sus deseos. No quieren depender de nadie en las cosas que apetecen; que la voluntad domine á la razón es su regla; porque en el momento de desear una cosa, quieren poseerla sin contradicción. Ante todo, los impíos se ensoberbecen apeteciendo inmoderadamente su excelencia; de aquí que se sobreponen á los demás; ejercen su tiranía, imponiéndoles su voluntad con amenazas ó atropellos. *El impío se ensoberbece todos sus días y es incierto el número de los años de su tiranía.* (2) Por esto demuestran, que delinquen llevados no menos de la estulticia que de la soberbia, porque necedad grande es obrar injustamente en tan breve é incierto espacio de años; oprimir á otros con violencia sin fijarse en la cuenta que se les tomará de esta conducta. Ejemplo de la marcha que sigue el soberbio en su camino nos ofrece la historia de Nabucodonosor. (3)

(1) Santo Tomás, *summa theologia* 2.^o 2.^{ae} quaest. CLXII, art. 2.^o

(2) Job, cap. XV, v. 20.

(3) Daniel, cap. III.

La soberbia de la vida es la ambición y el fáusto y su parte concupiscible es toda pompa mundana, *porque todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne y concupiscencia de ojos y soberbia de vida: la cual no es del Padre, sino del mundo.* (1) El Señor nos dice con estas palabras, que todo lo del mundo es concupiscencia de carne ó sea amor desordenado á todo lo que puede lisonjear los sentidos—concupiscencia de ojos, que es el amor de las riquezas, la avaricia y curiosidad, de modo que lo apetecible de los ojos es el oro, la plata, las piedras preciosas, los predios, y todas las cosas curiosas y preciosas—soberbia ú orgullo de vida, que es el amor á los honores, apetito de excelencia y gloria; la ambición, el fausto y su parte concupiscible son los vestidos preciosos, los palacios, las dignidades, magistraturas, muchos servidores. Todo esto no proviene del Padre sino del mundo, y el que ama al mundo no ama, ni puede amar al Padre. La soberbia es lo primero que vive en el hombre y lo último que muere. Nuestro Señor J. C. quiso sanar este vicio connaturalizado en el hombre á consecuencia del pecado de nuestro primer padre, con el efficacísimo remedio de su ejemplo, puesto que siendo Dios se humilló de tal modo, que se hizo hombre, tomando la forma de siervo. A tanto se elevó la soberbia del primer-hombre, que el Hijo de Dios, Rey de Reyes y Señor de Señores quiso limpiarla y purificarla con este su abatimiento y humillación tan grande. El Rey David teme tanto el pecado de soberbia al cual se hallan más espuestos los que están encumbrados y en puestos más elevados, que pide al Señor: *pie de soberbia no venga sobre mí y mano de pecador no me conmueva.* (2), como si digera: Señor, os suplico la gracia que no dejes acercárseme pie de soberbios, no

(1) Epist. 1.^a S. Joan. cap. II, v. 16.

(2) Salmo XXXV, v. 12.

sea que su mano me mueva con la palabra ó ejemplo ó con otra tentación y caiga del estado de gracia en el abismo del pecado. El nombre de soberbio y pecador, cuyo acceso teme, le aplica al Diablo, que es el rey de la soberbia y domina con imperio absoluto sobre todos los soberbios.

Son cuatro las especies de soberbia, según S. Gregorio el grande á quien siguen los teólogos (1), consistiendo la primera en atribuirse uno á sí mismo el bien que posee ó sea la virtud—consiste la segunda en creer que lo ha recibido, pero en virtud de sus propios meritos—la tercera existe cuando uno se atribuye virtudes ó cualidades que no hay realmente en él.—Es la cuarta, cuando uno quiere ser singular y por lo mismo desprecia á los demás anteponiéndose á ellos por los bienes que tiene. Estas cuatro especies de soberbia se hallan de manifiesto en las palabras, que con el nombre de oración dirigía el Fariseo al Señor en el templo (2). El soberbio odia con toda su alma el sér despreciado y no puede resistir con paciencia las ofensas hechas á su persona, aun en la cosa más insignificante y de menor importancia en sí y ante la opinión pública.

Estas especies de soberbia pueden versar sobre cosas carnales ó mundanas, como hacienda, linage, hermosura, oficio honroso; ó sobre cosas ó bienes espirituales de ciencia ó virtudes. De la soberbia nacen otras muchos vicios, siendo hija primogénita la *vanagloria*, que es un apetito desordenado de ser conocido, estimado y alabado de los hombres, gloriándose de lo que tiene como sino lo hubiera recibido de Dios, así como de lo que en verdad no tiene, ó de cosa indigna de gloria por ser mala. Desea también vanamente agradar á los hombres, diciendo ó

(1) Santo Tomás, summa teolog. 2.^a 2.^{ae} quaest. CLXII, art. 4.^o

(2) Luc. cap. XVIII, v. 11.

haciendo las cosas para que le alaben, alegrándose vanamente de ello y saboreándose en oír sus alabanzas, aunque sean falsas lisonjas. Es efecto de la vanagloria la *jactancia*, cuyos actos son alabarse á sí mismo, diciendo bienes que no tiene, exajerando con demasía los que tiene, blasonando de ellos y manifestando sin necesidad los que debiera ocultar.—Hija de la soberbia es la *ambición*, que consiste en un apetito desordenado de honor, poder ó dignidad, en lo cual podrá haber grave pecado por razón del daño causado ó del modo de conseguir lo que apetece.—También es hija de la soberbia la *presunción*, que es un apetito desordenado de hacer cosas superiores á sus propias fuerzas con daño ó injuria de otro.—La *hipocresía*, que es la ficción de buena intención y de virtud para ser tenido por santo, haciendo obras buenas con este fin.—La *protervia* que es la anteposición del propio juicio al de otros, siquiera sean superiores, en las cosas, que debieran rendirse al parecer ageno.—El *desprecio*, de los demás, que es la poca ó ninguna consideración hacia nuestros inferiores, iguales y superiores hasta llegar en esta escala al mismo Dios. Todas estas son hijas de la soberbia, porque ésta va siempre creciendo y produce innumerables pecados, discordias, desobediencias, maldiciones y blasfemias.

Es error común á los soberbios el de suponer que la soberbia es magnanimidad aneja al hombre y natural, la cual le es necesaria para defenderse de sus enemigos y para aspirar á cosas grandes; pero *la soberbia no fué creada para los hombres* (1) sino para las fieras y las bestias; la naturaleza revistió al león y al tigre de esta cualidad, porque son fieras, y al hombre porque es hombre le dotó de la modestia, mansedumbre y humildad; la soberbia no es parte ó suerte de los hombres, sino de los de-

(1) Ecclesiastic. cap. X, v. 22.

monios, porque se asemejan á las bestias, y lo que es natural y grabado por la naturaleza á las bestias, es en los hombres vicio y efecto del pecado. La parte animal del hombre en donde reside la concupiscencia y la soberbia, nos es común con las fieras y bestias, pero en el hombre está sometida como á señora á la parte racional, de la cual carecen las fieras. En el estado de inocencia no existia en el hombre este vicio, porque poseía la justicia original, pero perdida ésta por el pecado, apareció en la parte animal la concupiscencia y la soberbia, como consecuencia y efecto del pecado. Si el hombre hubiera sido creado en estado de naturaleza pura, entonces la concupiscencia de la soberbia le hubiera sido natural, no como un bien, sino como un defecto ó enfermedad de la naturaleza, en consecuencia de la condición propia de la materia. *La cólera no fué creada para la nación de las mujeres* (1). La iracundia no es propia de los nacidos de mujeres, que son los hombres, ni tampoco para el sexo de las mujeres, porque es muy contraria á la modestia, que debe brillar en todas sus acciones. La cólera en los hombres y en las mujeres nace del orgullo ó sea de la soberbia.

El principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios. (2) El origen, pues, de la soberbia es la apostasia de Dios. Adán se ensoberbeció y pecó por soberbia, porque apostató y se separó de Dios que le había criado, le conservaba, gobernaba y alimentaba con tanta suavidad, honor y abundancia de todas las cosas. Se separó de la voluntad de Dios y de su ley, prefiriendo á él la fruta vedada y las falsas promesas de la serpiente. Esto hacen todos los demás soberbios que imitan á su padre Adam. No hay apostasia mayor que la aversión de la criatura de

(1) Ecclesiastic. cap. X, v. 22.

(2) Ecclesiastic, cap. X, v. 14.

su criador, *por cuanto su corazón se aparta de aquel que le hizo.* (1) *El principio de todo pecado es la soberbia.* (2) La causa por la que el soberbio apostata de Dios es la misma soberbia. Esta es la causa de todo pecado en el que se halla cierta general é implícita soberbia, así como cierta general apostasía de Dios. El pecado es la aversión del criador y la conversión á la criatura, porque el pecador antepone su voluntad de Dios y el amor de la criatura al amor del criador, además de que en todos los pecados va embebida una soberbia general, por lo cual el hombre rehusa sujetarse á las leyes y mandamientos de Dios. *Quien la tuviere (la soberbia) será lleno de maldición y al cabo le trastornará.* (3) El poder, la fortaleza, los sucesos prósperos y la grandeza conducen fácilmente á desarrollar en el hombre el gran pecado de la soberbia; así vemos que: *habiéndose extendido lejos el nombre del rey Ozías, por cuanto el Señor le socorria y le daba fuerzas y viéndose poderoso, se engrió su corazón para su perdición y despreció al Señor su Dios... entró en el templo del Señor, quiso quemar incienso sobre el altar de los perfumes* (4) contra la prohibición del Señor y fué castigado con la lepra que le duró hasta la muerte en pena de esta su hinchazón y soberbia. Un hombre de luces, que se cree sabio, está en peligro de cometer más faltas que un ignorante que se conoce á sí mismo y recurre á otros para consultarlos, (5) porque el primero está dominado de la soberbia y Dios niega á los que están en este caso la gracia y las luces y dejándolos en su perfidia los ciega y endurece haciéndoles indóciles é incurables. Tales fueron los filósofos, de quienes dice el apóstol que *teniéndose ellos por sabios*

(1) Eccles. cap. X, v. 15.

(2) Ecclesiastic. ib.

(3) Ecclesiast. ibid.

(4) Lib. II Paralipom. cap. XXVI, v. 15 y sig.

(5) Proverb. cap. XXVI, v. 12.

se hicieron necios (1) así como aquellos otros de quienes dice Isaías. (2) *Ay de vosotros que sois sabios en vuestros ojos y delante de vosotros mismos prudentes.*

Los que asimismos se consideran sabios y se glorían de su sabiduría despreciando á los demás, suelen ser con frecuencia ignorantísimos en casi todo, creyendo ellos que entienden lo que ignoran y aun cuando conozcan muchas cosas, no quieren reconocer que ignoran otras que debieran estudiar: por lo cual no hay esperanza de que lleguen á ser sabios, sino que por el contrario hay mayor motivo para esperar que lo consiga el que se tiene y reconoce por ignorante. Los Escribas y Fariseos considerándose ellos sumos doctores de la ley y de la verdad, desecharon á Cristo verdadero Doctor: se endurecieron en su ceguedad y en el judaismo, que siguen todos sus descendientes. Tales son también les hereges, sobre todo los heresiarcas, los ministros y maestros, que henchidos de soberbia se consideran sapientísimos, no quieren aprender y á todos quieren enseñar. Muy poco puede esperarse del hombre probo, que gloriándose en esta virtud se cree seguro de perseverar en ella; y mucho del pecador, que reconociéndose como tal aspira á salir de su estado; de lo cual nos ofrece un ejemplo el Fariseo, que lleno de soberbia oraba ensalzando sus obras y el Publicano que reconociendo su indignidad oraba al Señor pidiendo misericordia con profunda humildad. (3) Se dice de los soberbios que tienen *ojos altivos, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente. Hay una casta cuyos ojos son altivos y sus párpados alzados á lo alto. Altanería de ojos es hinchazón de corazón; el fanal de los impíos es el pecado.* (4) De manera que los soberbios levantan con arrogan-

(1) Epist. ad Rom. cap. 1.º, v. 22.

(2) Cap. V, v. 21.

(3) Luc. cap. XVIII, v. 10 y sig.

(4) Proverb. cap. VI, v. 17. cap. XXX, v. 13. cap. XXI, v. 4.º

cia los ojos, miran de este modo todas las cosas y á todos desprecian. En la hinchazón de su voluntad se permiten todo, creen que nada les está vedado y que todas las cosas les son debidas. A tal punto llega la ceguedad del hombre dominado por la soberbia: es envidioso, doloso y violento: á nadie respeta y á todos desprecia; donde quiera que domina la soberbia, allí habrá un continuo infierno; lo bueno de los demás lo convertirá en malo y hállará mancha en los actos buenos y dignos de alabanza; los soberbios son tiranos, opresores de los santos sin guardar consideración á nadie, exigiendo para sí toda clase de atenciones y miramientos. El trato con el soberbio comunica este vicio, á la manera que se mancha con la pez el que la toca.

Puede asegurarse, esto no obstante, que la soberbia es la pasión mas general que liga al ignorante como al sabio, al pobre como al rico, al débil como al poderoso, al desventurado como al feliz, á la infancia como á la vejez: domina al libertino, no perdona al austero, campea en el gran mundo, y penetra en el retiro de los claustros; rebosa en el semblante de la altiva señora, que reina en los salones por la nobleza de su linaje, por sus talentos y hermosura; pero se trasluce también en la tímida palabra de la humilde religiosa, que salida de familia oscura se ha encerrado en el monasterio, desconocida de los hombres, sin más porvenir en la tierra que una sepultura ignorada.

Encuéntranse personas exentas de liviandad, de codicia, de envidia, de odio, de espíritu de venganza; pero libre de esa exageración del amor propio, que según es su forma, se llama orgullo ó vanidad, no se halla casi nadie, bien podria decirse que nadie. El sabio se complace en la narración de los prodigios de su saber; el ignorante se saborea en sus necedades; el valiente cuenta sus hazañas; el galán sus aventuras; el avariento ensalza sus talentos económicos; el pródigo su generosidad; el ligero pondera

su viveza; el tardío su aplomo; el libertino se envanece por sus desordenes y el austero se deleita en que su semblante muestre á los hombres la mortificación y el ayuno.

Este es, sin duda, el defecto más general; esta es la pasión más insaciable cuando se le dá rienda suelta; la más insidiosa, más sagaz para sobreponerse, cuando se la intenta sujetar. Si se la domina un tanto á fuerza de elevación de ideas, de seriedad de espíritu y firmeza de carácter, bien pronto trabaja por explotar esas nobles cualidades, dirigiendo el ánimo hacia la contemplación de ellas y si se la resiste con el arma verdaderamente poderosa y única eficaz, que es la humildad cristiana, á esta misma procura envanecer, poniéndola asechanzas para hacerla perecer. Es un reptil que si le arrojamos de nuestro pecho, se arrastra y enrosca á nuestros pies; y cuando pisamos un extremo de su inflexible cuerpo, se vuelve y nos hiere con emponzoñada picadura (1).

II.

Este gran vicio de la soberbia arguye, por otra parte, muy poco seso, en cuanto que na la positivo proporciona al hombre. Sapor, rey de los Persas, se llamaba rey de reyes, partícipe de las estrellas, hermano del sol y de la luna y no por esto consiguió ser más que un puro hombre. La soberbia supone desde luego mente insana, pues es una estulticia atribuirse cosas que no tiene. Un médico, llamado Menecrates, solo exigia de las personas que curaba, que le llamasen Júpiter y en este sentido escribió una carta al Rey con este titulo: *Júpiter Menecrates Agesilao regi salutem:* y el rey Agesilao le contestó: *Agesilaus rex Menecrati sanam mentem.* Los fieles de Constantinopla se burlaron del hereje Nestorio, que en su último sermón al

(1) Balmes, *el criterio*, cap. XXII, párrafo 19

pueblo prometía dar á cada uno el cielo. La soberbia produjo la torre de Babel y la confusión de lenguas, la muerte á Goliath, ser ahorcado Aman, la muerte de Nicanor y la de Antioco; sumergió á Faraón y privó de la vida á Senaquerib. Esta es la soberbia del hombre, cuya vida es una laboriosa penalidad y cuya penalidad concluye la necesidad más penosa de la muerte. Esta es un momento, la vida un naufragio y el mundo un destierro. Por esto dice el Eclesiástico (1). *No seas en tu casa como león aterrando á tus domésticos y oprimiendo á tus súbditos*, porque este modo de obrar es propio de los soberbios, los cuales no dan lugar á la razón para el gobierno y porte con los de su casa, maltratándolos y enfureciéndose con ellos, como si fueran tigres ó león enfurecido. El mismo escritor sagrado añade: (2) *Tres especies de personas aborrece mi alma y me son muy gravosas las almas de ellos: al pobre soberbio, al rico mentiroso y al viejo fatuo é insensato*. La condición y estado del pobre, como baja y despreciable, pide naturalmente humildad y abatimiento de alma, carece de riquezas que suelen ser una de las causas de la soberbia, y si se ensoberbece, pugna abiertamente con el humilde estado de su pobreza. De igual suerte la condición del rico pugna con la mentira, porque carece del estímulo del pobre á este vicio para socorrer su miseria y por otro lado ocupa un estado al cual repugna especialmente la mentira. Y por último, repugna á la senectuz la fatuidad é insensatez, porque es la edad en que se hallan ya debilitadas las pasiones, la experiencia le dá sabiduría, siendo por lo mismo bochornosa é indigna en un anciano la insensatez.

La prosperidad produce en los impíos soberbia y muchas iniquidades, porque abusan de los bienes temporales para oprimir á los más débiles y satisfacer otros desorde-

(1) Cap. IV. v. 35.

(2) Cap. XXV. v. 3 y sig.

nados apetitos. *No se ven en el trabajo de los hombres, ni con los demás hombres serán azotados. Por eso se apoderó de ellos la soberbia: cubiertos están de su iniquidad é impiedad.* (1) La soberbia es la causa y el origen de todas las caídas de los hombres y por eso *al quebrantamiento precede la soberbia y antes de la ruina se ensalzará el espíritu;* (2) así que antes de sufrirse por uno algún mal por el que sea quebrantado, herido ó abatido, suele preceder su soberbia por la que se ha ensalzado, á fin de dominar á otros. Estos males que sobrevienen son de pena, como enfermedades, pobreza, descrédito, persecuciones, destierros y hasta la misma muerte; ó de culpa porque Dios castiga una culpa menor y oculta, permitiendo otra mayor y pública. Así la oculta soberbia de Adán engriéndose al oír de Eva la promesa de la serpiente, *Eritis sicut Dei*, fué castigada por Dios permitiendo su caída en una abierta y clara desobediencia, por la que comiendo la fruta prohibida se perdió á sí y á toda su descendencia. Ya S. Agustín había escrito (3) que es útil á los soberbios caer en un pecado manifiesto, que les produzca dolor y confusión de sí mismos, ya que habían caído agradándose y complaciéndose en él; lo cual se insinúa con las palabras: *Llena sus rostros de ignominia, y buscarán tu nombre, oh Señor.* (4) Nunca el hombre cae en pecado sin que medie soberbia tácita ó interpretativa al menos, contra Dios. La soberbia se opone al mismo Dios; es intolerable á los demás y sobremanera nociva al mismo soberbio; y si el hombre no faltase á la reverencia y sujeción debida á Dios, ni se ensoberbeciese contra él y sus mandamientos, jamás perdería su gracia ni caería en la ruina de los pecados. Se inocular insensiblemente y si no se la detiene en su camino, marcha adelan-

(1) Psalm. LXXII, v. 5 y sig.

(2) Proverb. cap. XVI v. 18.

(3) De civitate Dei, lib. XIV, cap. 13.

(4) Salmo LXXXII, v. 17.

te hasta desarrollarse y hacerse un gran árbol, que produce la ruina y desolación del que la posee y de otros; á la manera que la gota de agua en el tejado de una casa que, si no se quita á tiempo, va ensanchando su camino hasta producir la ruina del edificio y todo por culpa de sus habitantes, que en su desidia y descuido no acudieron á tiempo á reparar aquel insignificante desperfecto. Toda injusticia es soberbia, porque esta se antepone no solo á los inferiores é iguales, sino á los superiores. Niega el derecho y sumisión que se les debe, y así como en todo esto de justicia interviene la humildad, por la que se somete uno á la razón y á la virtud; de igual suerte en todo acto pecaminoso se mezcla la soberbia, por la que antepone uno su voluntad y sus apetitos á la razón, á la ley y á la voluntad de Dios. El humilde vive en paz con todos, al paso que el soberbio se halla con todos en guerra.

Es de tal índole la soberbia, que por antonomasia recibe el nombre de injuria hecha á Dios, porque se burla de él y le escarnece; le abofetea y escupe; le provoca á la pelea; así que donde entrare la soberbia, allí vendrá en seguida la ignominia, porque *en donde hubiera soberbia allí habrá deshonor*. (1) La soberbia es odiosa á Dios y á los hombres y por lo mismo, los soberbios son despreciados, vituperados, deprimidos y humillados por todos; produce en ellos angustia, pena y aflicción suma é insoportable.

El principio de todo pecado es la soberbia: (2) quien la tuviere, será lleno de maldición, y al cabo le trastornará. El primer pecado del mundo le cometió un ángel de las primeras gerarquías celestes, á quien siguieron otros ángeles, y este pecado fué de soberbia. El segundo pecado y el primero cometido en la tierra fué el de Adam y Eva

(1) Proverb. Cap. XI, v. 2.

(2) Ecclesiast. cap. X, v. 15.

nuestros primeros padres, á quienes indujo Lucifer por la serpiente á desobedecer á Dios con la promesa de aquel *Eritis sicut Dii*. Quisieron ser iguales á Dios, lo cual es la soberbia en su grado más elevado. Este gran pecado le transmitieron á sus descendientes y es el pecado original con el que nacemos todos y se nos perdona por el sacramento del bautismo. La soberbia, pues, es el principio del pecado en la caída del diablo y en la prevaricación del hombre. (1) Ella hizo de un ángel hermosísimo un horrible demonio. Ella ha sido la causa de muchas herejías y no pocas perturbaciones en el mundo. Es de tal indole la soberbia que nunca se sacia, que siempre aspira á más y no la es tan agradable tener á muchos después de si, como molesto el que se halle alguno antes de ella. Así el soberbio Aman se hallaba más atormentado con un Mardoqueo, que no le rendía homenaje, que recreado y satisfecho con la sumisión de tantos pueblos y príncipes sujetos á su autoridad. Sus hechos en el puesto alto que ocupan, son notados por todos y espuestos á las censuras, envidia, difamación y odio de muchos. Los soberbios imitan y adoran la estrella Lucifer, que es símbolo de la varia fortuna, de la inconstancia y de la desgracia, porque así como ella va del nacimiento á su ocaso, de la luz a las tinieblas; de igual suerte el soberbio brilla un poco como el primer soberbio Lucifer, para perder toda luz, convertirse en oscurísima noche y precipitarse en el infierno, ocaso eterno que durará para siempre. *No permitas jamás que reine la soberbia en tus sentimientos, ó en tus palabras: porque en ella tomó principio toda la perdición.* (2) De manera que no debe consentirse en nuestros pensamientos, en nuestro entendimiento ni en la voluntad, á fin de no ser

(1) S. Ambrosio, lib. IV, epist, 33.

(2) Lib. de Tobías, cap. IV, v. 14.

dominados por ella. S. Bernardo (1) dice: que si Dios no perdonó á los ángeles que se ensoberbecieron ¿cuánto menos á tí podredumbre y gusano? el angel nada hizo, nada obró, solo pensó con soberbia y en el momento, en aquel instante fué precipitado irreparablemente, porque no permaneció en la verdad.

Así, pues, dice; huid de la soberbia, huid de ella, porque su simple aceptación de pensamiento bastó para que en el mismo momento Lucifer más brillante que todas las estrellas cayese en tinieblas eternas, convirtiendo no á un simple ángel, sino al primero de los ángeles en diablo. La soberbia hace al hombre indecoroso é ignoble, porque *en donde hubiere soberbia, allí habrá también deshonra.* (2) *Al soberbio le sigue la humillación y la gloria recibirá al humilde de espíritu.* (3) Se repite con frecuencia, que la misma soberbia abate y hace despreciable al soberbio y la experiencia cotidiana lo acredita; pero no por eso escarmenta el hombre, ni reprime su orgullo. Es una triste verdad que pone más de manifiesto la miseria y corrupción del hombre. Los soberbios siempre promueven discordias, porque la soberbia es fuente de todo mal, madre de contiendas y de guerra. Su odio oculto en el corazón hace que no cedan al prójimo, ni se reconcilien con él y mucho menos busquen la reconciliación ó sean los primeros á pedirla, porque consideran esto como vil é impropio; pero se equivocan, en cuanto que es honorífico buscar la obra de virtud heroica, cual es la reconciliación y la amistad, y el que primero la practica y previene á la otra parte y pide la paz, es sin duda, magnánimo, vencedor y señor de la ira y vindicta, digno por consecuencia de gran honor y gloria, porque mata en sí mismo y en sus enemi-

(1) Sermon. 1.º de adventu.

(2) Proverb. cap. XI, v. 2.º

(3) Id. cap. XXIX, v. 23.

gos las enemistades. Esto es una obra heróica, magnánima y gloriosa, porque se acomoda é imita la conducta del mismo Dios, á quien pertenece todo honor y gloria, el cual previene con su gracia á los pecadores y les amonesta para que se reconcilien con él. A este efecto mandó á Jesucristo y de este modo el mismo Dios glorificó y decoró con su ejemplo este acto del que primero se reconcilia con su enemigo. ¿Quién, pues, dirá con razón que es vil é indecoroso, lo que el mismo Dios hizo como decoroso para sí mismo? La soberbia fué para muchos causa de guerra, como sucedió con los Asirios, Persas, Griegos y Romanos. La guerra civil entre Pompeyo y Julio César se produjo, porque Pompeyo no quería por compañero á César y César no quería á Pompeyo por superior suyo.

III.

Es tan aborrecida de Dios la soberbia, que la castiga aun en esta vida, como se vé demostrado en el soberbio y cruelísimo Abimeléch, á quien rompió el cerebro una mujer con un pedazo de una rueda de molino. (1) Con espada fué cortada la cabeza del soberbio Holofernes por Judith (2), viéndose en estos hechos la mano de Dios según su relato histórico. Atila, rey muy soberbio de los Hunos y que él mismo se llamaba azote de Dios, al frente de setecientos mil soldados obligó al emperador Teodosio á pagarle tributo y halagaba la esperanza de someter el mundo á su imperio, fué muerto por una mujer según ordenación de Dios, que humilla á los soberbios, *derribará su casa y afirmará los términos de la viuda* (3) en cuanto

(1) Lib. de los Jueces, cap. IX, v. 53.

(2) Lib. Judith, cap. XIII, v. 10.

(3) Lib. Proverb. cap. XV, v. 25.

que es enemigo y antagonista de ellos. Por esto trastornará y destruirá sus familias, sus predios y riquezas, levantando en cambio y estableciendo las casas ó las familias y predios de los humildes y afligidos entre los cuales se cuenta en primer término á las viudas, que como desoladas y abandonadas de todos son muy atendidas por Dios. (1)

La soberbia del rey de Babilonia, Baltasar, fue tan señalada, que el escritor sagrado escribe su condigno castigo por medio de una bellísima figura en los términos siguientes: *El infierno abajo se conmovió para salir al encuentro de tu venida, despertó para ti á los gigantes. Todos los príncipes de la tierra, todos los príncipes de las naciones se levantaron de sus sotos. Todos responderán y te dirán: También tu has sido herido como nosotros, te has hecho semejante á nosotros. Abatida ha sido tu soberbia hasta los infiernos, cayó tu cadáver: debajo de ti se tenderá la polilla y tu cobertura serán los gusanos. ¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caíste en tierra, tú que llajabas las gentes? Tú que decías en tu corazón: subiré al cielo, sobre los astros de Dios ensaltaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento, á los lados del Aquilon. Subiré sobre la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo. Mas al infierno serás precipitado en lo profundo del lago: Los que te vieren se inclinarán á ti y te contemplarán ¿por ventura es este el hombre, que conturbó la tierra, que estremeció los reinos? Que puso al mundo desierto y que asoló sus ciudades, no abrió la cárcel á sus cautivos. Todos los reyes de las naciones, todos durmieron en gloria, cada uno en su casa. Mas tú has sido arrojado de tu sepulcro, como un tronco inútil, sucio y confundido con los que fueron muertos á cuchillo y descendieron á lo más hondo del lago, como cadáver podrido. No tendrás co-*

(1) Psalmo 145.

mercio con aquellos, ni aun en la sepultura: porque tú destruiste tu tierra, tú mataste tu pueblo: nunca jamás será nombrada la raza de los malvados (1).

Con hermosísima imagen se describe en los sagrados libros el castigo que el Señor impuso al rey Sedecias por medio de Nabucodonosor á consecuencia de su soberbia y conducta ante Dios (2) así como el que sufren los que siguen igual camino. *Y sabrán todos los árboles de esta región, dice, que yo el Señor humillé el árbol alto y ensa cé el árbol humilde y sequé el árbol verde é hice reverdecer el árbol árido Yo el Señor dije é hice.* (3) Los nombres de los soberbios grabados en los edificios con el fin de que se conserven en las futuras generaciones, desaparecen, así como el de Senaquerib rey de los Asirios que en su soberbia blasfemó del Señor en el sitio de Jerusalem, siendo destruido su ejército por el ángel del Señor y él asesinado entre las aras é imágenes de sus dioses. La fama de los que levantaron monumentos al parecer imperecederos, desapareció por completo de la memoria de los hombres, ni las lenguas y oídos de los vivos los traen á la memoria, á fin de no mancharse con su torpe edor; el rey profeta dice de ellos, *no me acordaré de sus nombres aun para pronunciarlos.* (4).

Los soberbios anhelan los honores aun cuando no los obtengan, los usurpan con arrogancia hinchados con la ambición de poseerlos siquiera brevísimamente. Esta elevación de los soberbios se disminuye creciendo y cae ascendiendo, porque el medio de caer es la elevación y cuanto más sublime es la ascensión, es mucho más profunda la caída. Aparecen por un breve tiempo gloriosos en esta

(1) Isaias, cap. XIV, v. 3 y sig.

(2) Lib. IV de los Reyes, cap. XXIV. v. 17 y sig. cap. XXV, v. 1.º y sig.

(3) Ezequiel, cap. XVII, v. 24.

(4) Salmo XV, v. 4.

vida y florecientes en prosperidad temporal; pero no son estables en aquella felicidad, manifestándose á seguida el juicio de Dios y son arrojados de aquella gloriosa exaltación en gran humildad y extrema miseria. Esto mismo ocurre con todas las demás cosas de este mundo que aparecen grandes y floridas y no persisten en su brillantez, sinó que en breve perecen y son reducidas á la nada, siendo eliminadas y arrojadas de esta habitación del mundo en lo profundo del abismo, así como los soberbios en el infierno en donde serán atormentados y perdidos los miserables con eterna condenación, semejantes á leves aristas ó puntas largas y ásperas de las espigas, que durante un poco tiempo aparecen elevadas y más altas que los mismos granos del trigo, pero á seguida quedan secas y son arrojadas al fuego, reservándose sus granos en el granero. De ellos se dice: *Se elevaron un poco, mas no subsistirán, y serán humillados y arrebatados como todas las cosas, y como las cabezas de espigas serán quebrantados.* (1)

Así como la torre de Babel no llegó á terminarse porque el Señor se interpuso confundiendo las lenguas de los operarios, con lo cual se vieron precisados á desistir de su propósito, así la torre de la soberbia erigida por los hombres jamás se termina, porque Dios confunde y humilla á los soberbios según las palabras: *los has derribado, cuando se elevaban,* (2) esto es, cuando intentaban elevarse á la suma gloria, los arrojaste y sumergiste en la suma ignominia, quedando reducidos á la nada con admiración de todos, los cuales decían: ¡cómo han sido desolados; súbitamente desaparecieron; perecieron por causa de su iniquidad! Aman, el primer personaje de la corte del rey Asuero, trata de confundir y privar de la vida á Mardoqueo; la soberbia, la ira é indignación de que se hallaba poseído, no

(1) Job, cap. XXIV, v. 24.

(2) Salmo LXXII, v. 18.

le concedían tranquilidad ni momento de reposo, hasta que tomase venganza de aquel, porque no se postraba y humillaba hasta el suelo en su presencia; pero Dios justo juez y vengador de la soberbia é injusticia, hizo recaer sobre él mismo Aman todo cuanto su cólera tenía pensado y concentrado en su corazón sobre Mardoqueo; y lo fué disponiendo gradualmente y por partes hasta quedar colgado y morir en la misma cruz que había levantado para Mardoqueo (1). Por eso la virgen María ensalza la misericordia del Señor para con los que le temen dando á conocer el poder de su brazo á los soberbios, en quienes disipa el pensamiento de su corazón. Destrona á los poderosos y ensalza á los humildes. (2).

Vendrá un dia encendido como horno y todos los soberbios y todos los que hacen impiedad serán como estopa y los abrasará el dia que debe venir, dice el Señor de los ejércitos, sin dejar de ellos ni raiz, ni renuevo. (3) Y nacerá para vosotros los que temeis mi nombre, el sol de justicia y la salud bajo sus alas y saldréis y saltaréis de júbilo como becerros de la manada. Y hollaréis á los impíos hechos ya ceniza bajo la planta de vuestros pies, el dia que yo obrare, dice el Señor de los ejércitos. Acá en el mundo suele llamarse bienaventurados á los soberbios, que han visto crecer sus bienes, aumentarse su familia y que todo les sobra. Y los que tentaron é irritaron á Dios con sus pecados, han librado bien en todo y escapado de los peligros y lazos en que cayeron los que mostraban temerle: pero la diferencia entre el justo y el soberbio é impío se verá en el día del juicio particular de cada uno, y universal de todos los hombres. Este día terrible, á semejanza de un horno encendido, abrasará y reducirá á ceniza, co-

(1) Lib. Esther.

(2) Luc. cap. 1.º v. 51 y sig.

(3) Malach. cap. IV, v. 1.º y sig.

mo si fueran estopa, á todos los soberbios é impíos con todas sus pompas, vanidad, riquezas, fiusto, deleites y grandezas; de modo que no les quedará rastro ni sombra de todo esto por toda la eternidad. En ello se manifiesta la ira inexorable del juez supremo y el verdadero fuego, que al fin del mundo ha de abrasar y destruir todas las cosas. En ese día de ira y venganza de Cristo Juez serán separados los soberbios y malvados de los buenos y justos, y condenados y precipitados aquellos á los infiernos inmediatamente después del juicio, porque serán arrebatados como estopa con suma celeridad. Aquel fuego hará en ellos mayor estrago y producirá profundísimo é incabable dolor, mientras que el de los justos será más llevadero, menos intenso y de poca duración.—El horror del fuego contenido en el horno de Babilonia, cuya llama salía del horno cuarenta y nueve codos.—El terror que produce la consideración del fuego del cielo sobre Sodoma y las otras ciudades de la Pentápolis.—El solo pensamiento de estos y otros incendios nos llena de pavor y eso que no son más que sombra y como una chispa de este final, que descendiendo del cielo, abrasará todo el orbe y cuanto hay en él, como casas, templos, villas, ciudades, árboles, animales, hombres y todo lo demás; de manera que toda la tierra será un horno ardiendo; y sin embargo, este fuego final del mundo será mera sombra del fuego del infierno, en donde el humo de los tormentos continuará sin interrupción por los siglos de los siglos. Este fuego y estas penas habrán de tener siempre en la memoria los soberbios para corregirse del pecado, que es raíz de otros muchos y el primero de todos los demás.

Los soberbios aparecen aquí en el mundo fuertes, duros como el hierro, sin que haya quien se atreva á resistirlos ú oponérseles, atreviéndose ellos á pugnar contra Dios con sus pensamientos, palabras y obras, pero en el día del juicio aparecerán débiles, flacos como la estopa,

que no resiste al fuego, porque serán quemados súbitamente por la eficaz y potente justicia de Dios como estopa, sin que como esta se consuman, sino que conservándolos Dios para eternos tormentos, permanecerán siempre vivos á fin de que siempre ardan. Entonces se verá que no fueron vanos los actos de los que sirvieron á Dios y sí los de aquellos otros entregados á la soberbia de la vida con la concupiscencia de los ojos y de la carne, porque por un poco honor, riquezas ó placer sensual atraieron sobre sí el fuego eterno. El día del juicio, de tal manera perderá con su fuego á los soberbios, que sus riquezas, delicias, felicidad y gloria desaparecerán como estopa y les quitará por una eternidad la esperanza de todo bien, precipitándolos á la muerte y fuego eterno, como el árbol arrancado de raíz ó quemado, éste no puede brotar ó renacer de nuevo. Como la soberbia es un pecado mortal y sumo mal por razón de la culpa y ofensa de Dios, así el fuego del infierno es el sumo de los males en razón de pena y vindicta porque este fuego es sulfúreo é infernal, ardentísimo, acérrimo y eficazísimo—quema inmediatamente los cuerpos y las almas, á diferencia de lo que ocurre durante la vida en que la virtud puritativa del fuego se trasmite al alma por el cuerpo. En el infierno el fuego quema inmediatamente á las mismas almas y á los demonios; debiendo tenerse presente que el alma es más sensible que el cuerpo y que toda la virtud de sentir nace y reside en el alma.—El fuego quema á los condenados no sólo con su ardor, sino también con su nebulosidad, humo, y edor sulfúreo y este fuego es eterno, de modo que no puede extinguirse, ni disminuirse. Si esto se tuviera constantemente en la memoria y se meditase, es seguro dice S. Agustín, (1) que las llamas de nuestros apetitos y de nuestras pasiones se contendrían sin salir

(1) Serm. 181 De tempore, cap. 18.

nunca de sus límites: nos servirían para mérito sin causarnos las ruinas de nuestras almas produciendo su eterna perdición. Los míseros mortales infatuados con el limitadísimo y breve placer de los sentidos, ebrios y dementes, olvidados de Dios y del cielo, no menos que de la eternidad, sumergidos como por juego en el abismo de todos los males, en el oceano inmenso de la eternidad, caen en el eterno fuego del infierno. Un momento de placer produce un tormento sin fin. Verdadera locura de los hombres que se atraen el fuego eterno por un exiguo placer de la carne. Eternidad de hoguera de azufre, eternidad tartárea encendidísima en llamas, en desesperación perenne desesperadísima, muerte vital y vida mortífera; tormento atrocísimo de todos los tormentos por una eternidad. Vive un momento y un momento goza el soberbio pecador, pasa el momento y le sucede una calamidad sin fin. Así riendo se va á los siglos perennes de fuego en el curso perenne de la eternidad. Se va y no se vuelve, pues el fin es el principio y el principio del fin, fin sin fin y muerte sin muerte. Concluye el mundo de los tiempos y nace un mundo del universo perenne. Eternidad siempre viva, después de todo tiempo nace un mundo de perennidad. El fuego y el gusano roedor eterno de la carne y del alma; el remordimiento constante y angustias de la conciencia que maldice y perennemente acusa el condenado y le dice: ¿porqué fuiste soberbio, imitando á Lucifer; ¿porqué no te fijaste y previste estos tormentos? ¿porqué desechaste á Dios, al cielo y la felicidad por tan vil alimento? ¿porqué has atraído sobre tí este fuego eterno del infierno por este tenue y breve placer? Esta inmensa desgracia se habría evitado facilmente si se hubiese pensado en ella como convenia; pero ahora se paga esta necedad y eternamente se llora, es una penitencia tardía é inutil. Se concluyó, pereció, fué condenado y arderá eternamente el soberbio pecador, infeliz y el más miserable y desesperado de todas las criaturas.

Todos los pueblos pecaron y necesitan la gracia de Dios. Esta verdad humilla desde luego la soberbia de todos los hombres. Si todos los hombres pecaron, nosotros pecamos y somos pecadores: necesitamos de la gracia magna y gloriosa misericordia de Dios, y siendo esto así no podemos ensoberbecernos, porque no hay cosa alguna en que fundar la soberbia; nada de sabiduría, virtud, honor y alabanza. Hemos venido al mundo en pecado, vivimos en pecado y por el pecado morimos. Luego es vana nuestra soberbia, solo nos está bien la humildad. La consideración de nuestro nacimiento y nuestro fin: la consideración de nuestra vileza y la meditación de nuestra muerte; las adversidades y aflicciones de la vida, y la constante consideración de lo que hay en nosotros y de lo que somos, basta para que no ofendamos á Dios, huyamos del pecado y matemos la soberbia, raíz y principio de otros muchos pecados, que nos ocasionan una muerte eterna.

A todos nuestros Diocesanos os deseamos la paz y la gracia y á todos os saludamos en el amor de Jesús, dándoos nuestra paternal bendición en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † santo. Amen.

León 1.º de Marzo de 1897.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,
Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Canónigo Secretario.

Los rectores de las Iglesias de nuestra jurisdicción leerán en dos ó más dias festivos y consecutivos esta Carta Pastoral al ofertorio de la Misa.